

Oberfura

Al ver mi imagen reflejada en el espejo me quedé horrorizada. Parecía un duende arrugado y grisáceo.

—¡Aaaah!! —exclamé, impotente, a mi imagen reflejada.

Había pasado buena parte del día en el armario ropero con mi viejo osito de peluche. Se llamaba *Zanahoria*. Nos habíamos ocultado allí porque mañana mi vida iba a experimentar un cambio radical y estaba aterrorizada.

No solía ser víctima de un miedo intenso. En términos generales, en mi vida apenas se producían dramas y estaba decidida a que siguiera así. Pero las raras ocasiones en que me enfrentaba a un peligro que escapaba a mi control, me metía en mi ropero, cerraba la puerta y no salía hasta cerciorarme de que el peligro había desaparecido.

Allí no buscaba Narnia. De hecho, me habría enfurecido de haber aparecido un tipo jovial con el trasero peludo y pezuñas hendidas. Me metía allí por la soledad, el silencio y la seguridad que me ofrecía. Y por *Zanahoria*.

Por lo general, esas cuatro paredes de madera sólida me tranquilizaban. Me quedaba allí, asfixiada de calor y sintiéndome impotente, hasta que conseguía alcanzar cierto equilibrio. Una vez recuperada la calma y la cordura, volvía a salir, dispuesta a enfrentarme al mundo.

Eso no había ocurrido hoy. Había permanecido horas encerrada allí, sintiendo un temor abrasador que me quemaba la cara y la espalda, pero no había recuperado el sosiego. Por fin no había tenido más remedio que salir, medio enloquecida, temblando.

«Ni siquiera mi armario puede ayudarme —pensé casi histérica, viendo mi desastrosa imagen en el espejo—. ¡Esto es una emergencia!»

Sí, era una emergencia. Mañana comenzaba un diploma de posgrado en ópera en el Royal College of Music, junto con diez de los cantantes jóvenes más talentosos del mundo. Aunque yo no era una artista en ningún sentido de la palabra. Y menos una cantante de ópera, con un armario lleno de trajes de raso y una familia dueña de una inmensa finca rural en Gloucestershire con mayordomos y caballos. Era una chica normal y corriente que vivía en un barrio de viviendas de protección oficial en los Midlands, la cual detestaba llamar la atención. ¿Me habéis oído? ¡No era una cantante de ópera!

Me quedé inmóvil mientras mis tripas se contraían y comprimían unas contra otras como una microcervecería montada por un aficionado. —¡Aaaah! —murmuré de nuevo.

Era un sonido de impotencia, semejante a un maullido.

Dirigí la vista tímidamente hacia la cocina, preguntándome si el hecho de comer algo me ayudaría. Comer solía aliviarme. ¿Quizás un pequeño atracón?

Salí de mi habitación, caminando lenta y rígidamente, y me acerqué al frigorífico, arremangándome.

Pero tenía la suerte en contra. Cincuenta minutos más tarde, mientras servía en un plato mi porción de panceta asada, junto con un patético intento de emitir un alegre silbido, una inesperada visita, un hombre, se dirigía hacia la puerta de mi apartamento. Y este hombre no tenía nada que ver con mañana y el canto, pues cambiaría mi vida hoy.

Los domingos por la noche era la Noche del Menú Oferta de Mark & Spencer, lo cual, en circunstancias normales, solía producirme un gran placer. Según Barry de Barry Island, era inevitable que a una pardilla como yo le chiflaran los chollos en materia de comida. La combinación de máxima cantidad de comida por el mínimo precio iba dirigida a «chicas como yo».

Barry nunca vacilaba a la hora de compartir sus opiniones sobre mis hábitos de comida. Ni sobre nada, en realidad, y el motivo por el que yo le permitía que me insultara con semejante impunidad era su acento galés. Era un acento que me gustaba tanto, me sentía tan fasci-

nada por todo lo que él decía, que de alguna forma había perdido el instinto de defenderme.

«Sally, comes como una cerda», me decía como si tal cosa. «Ahora eres mona pero acabarás con una obesidad crónica, Pollito». Lo decía sonriendo con tristeza, tras lo cual volvía a centrarse en su carpa a la plancha o cualquier estupidez culinaria que tuviera en el plato. Yo volvía a mi lasaña a mitad de precio pero con todo su contenido en materia grasa, murmurando con tono afable que era un demonio galés que merecía ponerse como un ceporro cuando se retirara del ballet.

Como solía ocurrir la Noche del Menú Oferta, Barry se había negado a comerse su parte del festín, de modo que yo estaba sentada sola a la mesa rodeada de comida. Tenía un aspecto espléndido: panceta asada, patatas aromatizadas con romero y un postre con un nombre muy raro llamado Berrymisú.

Pero el hecho de mirarla no me ayudó. Me sentí peor que nunca.

Barry estaba en su habitación, probándose un suspensorio nuevo. Tenía problemas con los suspensorios que se ponía debajo de sus mallas de bailarín, por el mismo motivo que yo también tenía problemas con mis tangas. A ninguno de los dos nos gusta llevar una prenda sintética metida en nuestras partes íntimas.

—¿Barry? —dije inútilmente, volviéndome hacia la puerta de su habitación, a través de la cual se oía a Shakira cantando a pleno pulmón.

Supuse que si salía y se sentaba a hacerme compañía en la mesa, yo podría probar al menos un bocado de la comida.

Jamás había experimentado semejante temor. Incluso después de las cosas catastróficas que habían ocurrido en Nueva York el año pasado, había seguido siendo yo misma, Sally Howlett. Tranquila, bajita, con un trasero voluminoso. Responsable, comedida, culta. Ahora me había convertido en una trémula bola de gas altamente explosivo.

—¿Barry? —lo llamé de nuevo.

El apartamento temblaba un poco, lo cual significaba que estaba ejecutando unos espectaculares movimientos de baile amazónicos delante del espejo al ritmo de «Hips Don't Lie». Shakira lo volvía loco y a menudo le pillaba agitando una melena latina que no poseía.

—¡BARRYYYYYYYYY!

Barry no aparecía. Yo tenía que hacer algo, cuanto antes.

El iPad que mi amiga Bea (que estaba forrada) me había regalado impulsivamente el otoño pasado, junto con un bolso de Fendí y un perfume de Robert Piguet muy difícil de encontrar, todo ello destinado a animarme después del fatídico viaje a Nueva York, estaba sobre la encimera. Lo tomé y empecé a escribir un e-mail, pulsando con mis inútiles dedos las teclas equivocadas. El anillo de strass que lucía en mi mano derecha, tan enorme como hortera, que aún no había tenido el valor de quitarme desde mi regreso de Nueva York, me impedía teclear con normalidad.

fOina, por favor vuelve a casa. Te necesito, carita graciosa. ¡Estoy ATERRORIZADA AAAAHHH! Te echo de menos, Pecas. Por favor vuelve pronto. Odio que no estés aquí. En cualquier caso, lo de mañana es culpa tuya. ¡Tú y tu estúpido lema de «aprovecha el momento»! Te quiero, por favor vuelve pronto.
xxxxxxxxxxxx.

Le di a «enviar» y releí el e-mail, imaginando que mi prima Fiona lo estaba leyendo. Cuando no se comportaba como una maníaca, Fiona tenía una sonrisa maravillosa; el tipo de sonrisa descrita en las primeras páginas de una novela épica rusa del siglo diecinueve.

Yo la echaba mucho de menos. Nos habíamos criado más como hermanas que primas. Jugábamos a los caballos juntas, escribíamos cartas de amor a chicos, comparábamos nuestros primeros vellos púbicos. Cuando me trasladé de Stourbridge a Londres, Fiona fue mi compañera de piso durante siete años (en general) maravillosos. Pero después del drama del año pasado se había negado a abandonar Nueva York y aún no había cambiado de parecer, por más que yo le había suplicado que volviera a casa. Barry, menos optimista sobre las probabilidades de que Fiona regresara, se había instalado en su habitación hacía unos nueve meses. Yo había cambiado a mi pálida, pecosa y conflictiva prima por el pálido, pecoso y grosero cretino de Barry Island. Aunque, pese a sus hirientes comentarios, lo quería con locura.

Por unos momentos, dejé que el dolor que me producía el recuerdo de Fiona aflorara en alguna parte de mi pecho, tras lo cual lo sofocué, centrando de nuevo mi atención en la bandeja de entrada por si ella estaba en línea. Y respondía de inmediato.

Pero no lo hizo.

En ausencia de ella o de Barry, se me ocurrió llamar a Bea para que me consolara. Bea estaba en Glyndebourne, tras haber dejado por fin la Royal Opera House después de diez años a cargo del departamento de maquillaje y pelucas. Ahora colocaba barbas rizadas y narices protéticas a cantantes de ópera en una pintoresca finca rural en Sussex y al parecer tenía mucho trabajo: apenas habíamos hablado diez minutos desde que se había inaugurado la temporada en mayo, hacía cinco meses.

La llamé por si acaso. No respondió.

Incluso se me ocurrió la idea de llamar a casa, pero el mero hecho de pensar en mis padres hizo que me pusiera nerviosa e irritada. Mi madre y mi padre se habían mostrado sorprendidos y claramente disgustados al enterarse de que yo iba a emprender este camino; si detectaban alguna incertidumbre en mí tratarían de convencerme para que lo dejara. «¿De veras crees que perteneces a ese mundo?», me había preguntado mamá. «¿Con ese tipo de gente tan estirada y esnob?»

Por supuesto que no.

Pero me fastidió que me lo preguntara.

Alguien llamó a la puerta del apartamento.

Eché un vistazo alrededor de mi cocina vacía, sorprendida. Alguien había logrado entrar en el edificio en el que yo vivía y llegar a la puerta de mi apartamento, lo cual en estos tiempos era toda una hazaña desde que un olvidado grupo de ocupas londinenses se había apropiado de un apartamento vacío en el quinto piso, y Mustafá, el guardia de seguridad, se había instalado aquí.

Me levanté de la mesa de un salto, olvidando que llevaba un pijama estampado con unos cerditos, y abrí la puerta mostrando mi sonrisa más radiante por si era Dios que había venido a echarme una mano.

El hombre que estaba en el umbral, con una extraña sonrisa pintada en el rostro, no se parecía a Dios. Pero tenía un aspecto familiar.

Tanto es así, que me pregunté si era famoso. Era lo bastante atractivo para ser famoso. Increíblemente atractivo y con estilo; el tipo de hombre que poseía una casa inmensa en Santa Bárbara y posaba para reportajes fotográficos al atardecer en su playa privada.

«Uno de esos tíos impresionantes que te dejan sin aliento —pensé sumida en un momentáneo trance—, aunque no es realmente mi tipo».

Tenía el cabello largo y lustroso y llevaba una camisa increíblemente elegante, unos vaqueros impecables y unos zapatos de cordones con la puntera puntiaguda. De su piel, tostada y bien cuidada, emanaba una penetrante loción para después del afeitado, y lucía un gigantesco Rolex. Sonreí a medias, desconcertada. ¿Qué hacía un hombre como él en la puerta de mi apartamento? ¿Y por qué tenía un aspecto tan familiar? ¿Le había probado alguna vez un traje de escena?

Al cabo de unos segundos, cuando el desconocido dijo «hola» con un acento medio de Devon y medio norteamericano, y yo pensé que había cometido un tremendo error al dejarse crecer el pelo y haber cambiado de perfume, caí en la cuenta de que no era una celebridad, ni un cantante de la Royal Opera House, sino alguien que yo conocía muy bien.

Alguien que no había querido volver a ver jamás. Que me había esforzado en borrar de mi memoria hasta el punto de que casi había dejado de existir.

La habitación empezó a tornarse blanca y cerré los ojos.

Cuando volví a abrirlos él seguía allí.

—Hola —repitió tímidamente. Me pareció que había transcurrido un siglo desde la última vez que había oído su voz. Ese acento. El acento más raro del mundo—. Supongo que estás sorprendida de verme.

Traté de responder pero no ocurrió nada. Bajé la vista y miré mi pijama con cerditos, pero ni siquiera me importó. El suelo empezó a moverse a kilómetros debajo mis pies.

—¿Sally? —dijo él, bajito—. ¿Te sientes bien?

Me observó con paciencia, nervioso. Durante unos extraños y tensos momentos yo le observé a él, sin dar crédito. Sólo su cara era la del hombre al que había conocido tiempo atrás. El resto era irreconocible. Elegante, con estilo, peripuesto. Un paisaje alienígena.

—Caray, Sally, lo siento. No debí venir sin avisarte. Pero no sabía cómo... cómo... Espera un momento.

Empezó a rebuscar en sus bolsillos.

Yo tenía la sensación de tener un pie sobre el acelerador y el otro sobre el freno.

Él sacó un pequeño pedazo de papel del bolsillo de sus vaqueros y al tratar de desdoblarlo vi que la mano le temblaba un poco. Observé que llevaba un elegante bolso masculino rígido en el que no me había fijado antes. Entonces me di cuenta de que sostenía un *post-it* en la mano.

—Me pregunté si esto sería todavía válido —dijo en voz baja, mostrándomelo.

«Válido.» Nadie en el mundo tenía un acento así. Una absurda mezcla de acentos. Tiempo atrás, acompañado por una pelambarrera alborotada y una notable falta de memoria. Tiempo atrás, tan querido para mí.

No miré el *post-it* porque ya sabía lo que era.

—Vete, por favor —me oí murmurar—. Por favor, vete y no vuelvas a aparecer por aquí.

Él sonrió con gesto comprensivo. ¿Cómo se atrevía a mirarme de ese modo? ¿Como si yo fuera una niña a la que le hubiera dado un berrinche?

—Vete, por favor —repetí con más claridad.

Empecé a cerrar la puerta al tiempo que la furia se acumulaba y comprimía en mi interior. ¿Cómo era capaz hacerme esto? ¿Cómo se atrevía a presentarse aquí, como si nada, después de... después de...?

Tras reflexionar unos momentos, se encogió de hombros.

—De acuerdo. Me voy. Pero, Sal, no puedo dejarte sola. Es que...

—¡VETE! —grité. (¿Grité? No había gritado en mi vida)—. ¡FUERA DE MI CASA! ¡NO SE TE OCURRA VOLVER A MOLESTARME! ¡JAMÁS!

Yo estaba embalada. Superembalada. Quizá fuera incluso peligrosa. Aunque probablemente no.

El hombre me impidió que cerrara la puerta empujándola con la punta de uno de sus costosos zapatos. El aire entre nosotros se flexionó y crujió como metal laminado.

—Oye, mira —empezó a decir, pues al parecer no me había oído—. Sal, deja que te explique...

Entonces ocurrió algo que me asombró. Yo, Sally Howlett, que siempre trataba de evitar cualquier tipo de confrontación, me volví y cogí mi panceta asada de Marks & Spencer de la mesa. Luego me volví de nuevo, como una lanzadora de pesos, y se la arrojé al tipo que estaba en el umbral de mi puerta. A la cara. Por supuesto, no le alcancé, siempre he tenido una pésima coordinación mano/vista, y la panceta pasó silbando junto a su oreja, estampándose contra la pared del pasillo y cayendo al suelo, donde dejó una mancha grasienta. La maniobra estuvo acompañada por un pequeño grito, al parecer emitido por mí.

El hombre se volvió para mirar la panceta que había caído en la moqueta del pasillo, y luego me miró a mí. Se produjo un largo y tenso silencio.

—Te odio —murmuré. Era verdad. Con toda mi alma. Sentí en el pecho una ardiente punzada de furia y tristeza—. No quiero volver a verte.

Cerré la puerta de un portazo en sus narices.

Me quedé inmóvil hasta que le oí alejarse, luego regresé a la mesa.

—Es increíble —murmuró Barry de Barry Island, con su maravilloso acento galés.

Estaba junto a la puerta de su habitación, desnudo aparte del tanga de color carne. Su piel, de una palidez alarmante, y sus pecas casi parecían relucir a la luz de la cocina. Se pasó las manos por su pelo fino rubio rojizo y luego las apoyó en las mejillas con gesto melodramático, como si se hubiera producido el fin del mundo.

—¿Ese tipo era quien yo creo que era? —preguntó bajito—. ¿Vestido como un metrosexual?

Asentí con la cabeza y rompí a llorar.

Barry abrió los ojos como platos.

—¡Cielo santo! —exclamó con tono de incredulidad.

Los dos nos quedamos mirándonos sin saber qué hacer.

LA MUJER QUE CANTABA
DENTRO DEL ARMARIO

Una ópera en cinco actos

PRIMER ACTO

Escena Primera

Stourbridge, West Midlands, 1990-2004

Todo empezó un día de abril de 1990. Yo estaba en la cocina, jugando a los caballos con Fiona, mi prima, quien recientemente se había mudado a nuestra casa porque se había quedado huérfana. Habíamos iniciado la última ronda de un tenso concurso de saltos de hípica cuando oí un extraño sonido que salía de la radio.

Uno de los *deejays* de Beacon FM estaba poniendo la famosa aria de Cio-Cio San en *Madame Butterfly*, «Un bel di vedremo» («Un hermoso día»). En Beacon FM no solían poner discos de ópera; según recuerdo, formaba parte de una broma nada graciosa por parte del *deejay*. Pero la conmovedora y trágica canción me pilló por sorpresa. Miré a Fiona, quien a sus siete años había soportado más tragedias que la mayoría de la gente en toda una vida, y rompí a llorar.

El concurso de saltos de hípica se interrumpió durante unos minutos mientras yo lloraba abrazada a mi primita, la cual se mostró abochornada por mi conducta y me dijo que yo era una cosa llamada lesbiana.

Cuando el aria concluyó me quedé mirando la radio, impresionada. ¿Qué había sido eso?

Esa fue la primera vez que oí ópera. Me gustó.

Pero la segunda vez que oí ópera, en julio de ese año, me *encantó*. Me entusiasmó hasta el punto de que mis tripas empezaron a hacer cosas raras. Dejé de comer el helado de chocolate que sostenía en mi manita regordeta. Eran las diez y cuarto de la noche, una hora en la

que yo no debía estar despierta, y menos comiendo helados de chocolate, pero mis padres habían ido a cenar al bingo y habían dejado a Karen Castle para que nos hiciera de canguro a Dennis, a Fiona y a mí. Karen Castle era lo más parecido a una persona liberal y aficionada al arte que mis padres permitían que pusiera los pies en nuestra casa.

Hacía aproximadamente una hora que me había dormido cuando Karen entró en mi habitación, llevando a mi hermano mayor Dennis de la mano, y me dijo que teníamos que bajar para ver una cosa muy importante en la tele. Era la Copa del Mundo de 1990 e iban a retransmitir en vivo el concierto de los célebres Tres Tenores desde Roma.

—Olvidaos de los conciertos de Live Aid —murmuró Karen Castle con vehemencia—. Éste es uno de los momentos más importantes en la historia de la música. Llevará la ópera a las masas. Es impresionante.

—No me apetece verlo —farfulló Dennis somnoliento, pero yo recordaba exactamente lo que era la ópera y bajé la escalera volando como un misil de precisión con un pijama rosa.

Esa noche Pavarotti, Domingo y Carreras cambiaron mi vida. El megamix de Andrew Lloyd Weber que cantaron me pareció regular, pero cuando empezaron a cantar cosas serias, no me perdí detalle. Y cuando pusieron en pie al antiguo estadio con «Nessun dorma», comprendí que nada volvería a ser lo mismo.

A Fiona no le había impresionado en absoluto. Dennis se había quedado dormido.

Yo asalté mi hucha y compré una cinta titulada *Arias De Ópera Favoritas*. Todas las canciones de la cinta se convirtieron en mis favoritas, las cuales escuchaba una y otra vez estremecida de gozo, y al cabo de un tiempo empecé a tararearlas junto con los cantantes, aunque en voz baja. Mientras mis amigos del colegio cantaban *rap* con MC Hammer, yo cantaba ópera con Joan Sutherland y Marilyn Horne, las cuales cantaban unas palabras que yo no comprendía al son de unas melodías que sí comprendía.

Si existe algo más chocante que una niña de siete años que adquiere la costumbre de cantar ópera, es una niña de siete años que adquiere

la costumbre clandestina de cantar ópera. No sé muy bien por qué, pero sentí instintivamente que jamás podría cantar delante de nadie. De modo que cantaba dentro de mi armario ropero, donde nadie podía oírme.

Era una costumbre que a mí no me parecía chocante, porque en la familia Howlett la extremada privacidad era un principio fundamental. Mis padres, pese a residir en un barrio de viviendas de protección oficial cuyos problemas privados eran aireados a voz en cuello, compartían una actitud victoriana curiosamente temerosa con respecto a la privacidad. Se pasaban la vida quejándose de que nuestros vecinos no tenían vergüenza, aireando así sus trapos sucios, y trataban a fuerza de silencio y discreción lo de ser completamente invisibles.

Lo cual era un problema para ellos, porque las circunstancias en las que Fiona había venido a vivir con nosotros hacía poco no sólo habían sido publicadas en la prensa local, sino en la de ámbito nacional.

Encuentran el cadáver de una mujer en el Midlands Canal.

¿Dónde está el papá? Las autoridades buscan al actor, el cual se halla de gira por el país. ¿Quién acogerá a esta niña?

El padre de Fiona no aparece: La huerfanita del Canal ha sido acogida por la hermana de la difunta.

Éramos una familia «golpeada por la tragedia», decían los periódicos. Mostraban fotografías de mi madre en el funeral de su hermana con unos pies de fotos que decían «Brenda Howlett, transida de dolor, con su sobrinita, Fiona». En el colegio, Fiona y yo oímos los comentarios vertidos en una reunión especial (a la que nos habían prohibido asistir), en la que la directora explicó a todo el mundo que nuestra familia había quedado destrozada por una terrible catástrofe y tenían que tratarnos con la máxima delicadeza y respeto.

Me pregunté si la gente nos había confundido con otra familia. En nuestra casa no nos pasábamos el día llorando. No teníamos la sensación de haber vivido una catástrofe. Cuando informaron a mi madre de que habían encontrado a su hermana flotando en un tramo aislado del canal, dio las gracias a los policías por venir a comunicár-

selo y estuvo una semana en cama. Luego se levantó, se puso un vestido de nailon negro para asistir al funeral y no volvió a mencionar el tema.

Mi padre se dedicó a construir una habitación para Fiona mientras la policía buscaba al padre de la niña, aunque no parecían poner mucho empeño en ello, y Fiona se pasaba todo el día y toda la noche mirando la televisión. Dennis y yo no habíamos dicho una palabra sobre el tema porque en nuestra casa nadie hablaba de ello.

Así era como hacíamos las cosas en nuestra familia.

A los chicos de la prensa, que confiaban en que montáramos un circo de dolor e histeria, no les gustó. Estuvieron montando guardia frente a nuestra casa durante más tiempo del necesario. Nos enviaban mensajes a través del buzón diciendo: «Díganos cómo consiguen encajar esta tragedia», en un intento de sonsacarnos lo que sentíamos al respecto.

—Nosotros no aireamos nuestros trapos sucios en público —nos recordó mi madre a todos. Su voz tenía un tono alarmante—. Mandy se ha ido y no hablaremos de ella, ni dentro ni fuera de esta casa. ¿Entendido?

De modo que cuando el revuelo se disipó, la prensa abandonó nuestro barrio y Fiona se instaló en el armario habilitado como dormitorio situado debajo de la escalera, al igual que Harry Potter, el odio de mis padres a ser visibles se convirtió en patológico. Ya no bastaba con «ser visto y no oído». A partir de ahora, los Howlett ni siquiera querían ser vistos.

Años más tarde, un hombre con unos ojos de un azul intenso y una camiseta sin planchar sostendría mi mano en un club de jazz en Harlem y me recordaría que el dolor hace que nos comportemos de forma muy extraña.

Pero regresemos a 1990. Es verano. Coches bomba del IRA y un calor asfixiante, polos helados de color verde y rodillas peladas. Las pequeñas Sally y Fiona vivían juntas por primera vez en un pequeño barrio de viviendas de protección oficial en Stourbridge; los Howlett comenzaban a respirar de nuevo después de semanas de ser acosados por la prensa.

La costumbre de encerrarme en el ropero para cantar se había convertido en el momento álgido de mi jornada. Cantar hacía que me sintiera viva y eufórica al notar que el aire entraba a través de mi boca y se expandía por mi vientre, y al oírlo surgir de nuevo en forma de una maravillosa melodía, en la clave exacta, en el momento preciso y con una riqueza de matices que me asombraba. Era mejor que unos montaditos de queso acompañados por encurtidos, unas patatitas asadas al horno o una bolsa de Doritos. Incluso mejor que un Rollo Ártico, consistente en un helado de vainilla envuelto en bizcocho recubierto de salsa de frambuesa.

Cantar me aislaba de la vacuidad de mi familia y de la tragedia que no debíamos mencionar. Evitaba que me preocupara de forma obsesiva por Fiona, la cual era imposible que se sintiera feliz en nuestra casa. Me elevaba por encima de todo lo que inquietaba a mi pequeña mente y me procuraba la sensación de estar suspendida sobre mi vida, como si me hallara dentro de un globo de aire caliente en una tarde de verano.

Pero los hábitos secretos referentes a la ópera no suelen ser sencillos.

Fiona era mi mejor amiga pero al mismo tiempo muy irritante, y una noche me oyó cantar en el ropero. Al día siguiente me estuvo tomando el pelo en el colegio, comentando en voz alta que sonaba como una mujer vieja y gorda, y no paró hasta que accedí a romper con Eddie Spencer, propinarle un puñetazo en el brazo y decirle que apesataba a caca. Yo cumplí lo prometido y Fi, gracias a Dios, dejó de tomarme el pelo.

Luego se presentó el problema de llevar la ópera a las masas. Aunque yo no quería que nadie supiera que cantaba, sentía que el mundo, o al menos la población de Stourbridge, tenía que saber que existía la ópera. Empecé por poner mi cinta de *Arias De Ópera Favoritas* para que la escuchara mi primer noviete, Jim Babcock, que puso cara de aburrido, se tiró pedos y dijo que esa música era una mierda. Luego, un sábado por la mañana que fui a patinar al polideportivo, pregunté al *deejay* si podía dejar de tocar «Ghostbusters» y poner música de Puccini. Él anunció mi petición, la multitud del polideportivo se rebe-

ló y todo el mundo, inclusive Fiona, me dijo que yo era una pelmaza de campeonato.

Más tarde Fiona me invitó en la cafetería a un granizado Slush Puppy de color azul para disculparse, pero yo había aprendido la lección. La ópera y Stourbridge eran incompatibles.

Por desgracia, la señora Badger, una concertista de piano fracasada y directora de mi escuela primaria, tenía otras ideas. Había oído a Fiona burlarse de mí y durante la hora del almuerzo me llevó aparte. Iba armada con una sonrisa de oreja a oreja y un tono muy persuasivo. De alguna forma logró convencerme para que cantara un breve solo en el concierto navideño, aunque por lo general sólo participaban en él los alumnos de último curso. Pero Fiona, que se había convertido en una pequeña pero magnífica bailarina de ballet, también iba a hacer un solo, y la señora Badger me prometió unas chocolatinas y yo cedí porque me resultaba casi imposible decir que no a nadie.

—Lo harás de maravilla —me aseguró la señora Badger—. Piensa en lo orgullosa que se sentirá tu madre.

Yo no estaba muy convencida, pero los ojos de la señora Badger resplandecían de emoción. Me dijo que sería una de las veladas más memorables de mi joven vida.

La señora Badger no se equivocó.

Cuando llegó el día del concierto yo estaba enferma de los nervios. Jim Babcock había odiado mi música operística. El polideportivo había odiado mi música operística. Y mis padres... No sabía cómo reaccionarían, pero sabía que estarían muy disgustados y quizá furiosos de que yo cantara un solo cuando se suponía que todos teníamos que permanecer invisibles.

Pero una parte dulce, inocente y obstinada de mí insistía en que si cantar ópera me hacía sentir tan feliz, quizá lograra animar a mis padres. Quizá no se sentirían tan abochornados y cohibidos cuando oyeran esa música tan hermosa.

Para calmar mis nervios me comí todo lo que contenía mi fiambre, y luego todo lo que contenía la fiambarrera de Fi. (Fiona, a los ocho años, ya había comenzado su primera dieta de adelgazamiento.) No

obstante, cuando salí al escenario temblaba visiblemente y respiraba de forma trabajosa y entrecortada.

En un nebuloso mar de rostros localicé a mi madre y a mi padre, quienes al parecer acababan de caer en la cuenta de lo que iba a suceder. Los ojos de mi madre estaban a punto de saltársele de las órbitas. No sé si de orgullo o de vergüenza, aunque no creo que fuera de orgullo. Sólo sé que cuando la señora Badger empezó a tocar la introducción a «L'ho perduta», tuve la insólita certeza de que no iba salir ningún sonido de mi boca.

No salió ningún sonido de mi boca. Me quedé inmóvil, clavada en el suelo, una niña con una costra en la barbilla y un pichi que me sentaba como un tiro, completamente muda.

Pero la señora Badger no estaba dispuesta a que le fastidiara la función, de modo que atacó de nuevo la introducción para darme tiempo a recobrar la compostura. De nuevo vi a mis padres entre el público, los cuales parecían haber sufrido un ataque cardíaco. El rostro de mi madre, blanco e impávido, tenía el mismo aspecto que el día en que la policía vino a casa para informarle de que la mujer que habían encontrado en el canal de Wolverhampton era su hermana Mandy.

De pronto sentí un líquido tibio que se deslizaba por el interior de mi pierna izquierda. Permanecí de pie en el escenario, delante de todos los padres de los otros alumnos (y de Jim Babcock, que sabía que iba a dejarme), sintiendo que el chorro tibio descendía hacia mis pies, formando un charquito ovalado en el suelo. Dejé de pensar, quizás incluso de respirar, y me quedé allí plantada hasta que Fiona, que aguardaba entre bastidores, entró corriendo en el escenario y me sacó de allí.

Cuando llegamos a casa, mi madre subió arriba para prepararme un baño. Llenó la bañera de burbujas y patitos de goma de Matey, aunque hacía años que ya no me gustaban los patitos de goma, que se habían enmohecido y estaban negros por debajo. Mientras se llenaba la bañera, mi madre me llevó a mi habitación y preguntó, con un tono que me aterrorizó: «¿Dónde está?». En realidad no era una pregunta, sino una orden.

No me molesté en preguntar a qué se refería. Saqué mi casete de *Arias De Ópera Favoritas* de mi armario y se lo entregué, junto con mi revista *Ópera* que había comprado hacía unas semanas para contemplar con gesto solemne las fotografías de unas cantantes con unas tetas enormes.

Mi madre miró el casete y la revista como si le hubiera entregado un montón de excrementos de perro, y se los llevó. «Sally», dijo con tono autoritario. Yo la seguí escaleras abajo. Mi madre tiró la cinta y la revista al cubo de la basura, tras lo cual arrojó sobre ellas los restos de palitos de pescado cubiertos de ketchup que había comido Dennis. Por último, tiró los restos de los palitos de Fi. En aquel entonces lo que más le gustaba a Fi era machacar su comida sin probarla. Vi el rostro de María Callas cubierto de grumos de pan rallado frito desliziándose sobre él.

—Lo de cantar se ha terminado —declaró mi madre.

Noté que los labios me temblaban. A pesar de lo que había ocurrido esta noche, sabía que me chiflaba cantar. Me proporcionaba una maravillosa sensación como jamás había experimentado hasta entonces.

—¡No puedes hacer eso! —soltó Fiona. Era la única persona en la casa que se atrevía a encararse con mi madre—. ¡Canta muy bien!

Mi madre ni siquiera la miró.

—Lo de cantar se ha terminado —repetió—. Si te pilló cantando de nuevo, tendrás un problema gordo. Es por tu bien, Sally. —Mi madre nunca levantaba la voz, sólo emitía unos sonidos sibilantes de distinta intensidad como una serpiente enfurecida—. No necesitamos más problemas con... —Hizo una pausa—. Con las artes escénicas —concluyó con voz trémula—. Ahora sube y lávate, Sally.

Y eso fue todo.

Pero en realidad no fue todo. Yo seguí cantando porque no podía dejar de hacerlo. Ahora lo hacía *sólo* en mi armario ropero y *sólo* cuando no había nadie en casa.

«Nadie —me prometí— volverá a oírme cantar jamás.»

Por fuera Sally Howlett seguía siendo una chica normal, sensata y responsable. Aunque hubiera querido, había sido inútil tratar de comportarme como una niña rebelde y problemática. Fiona proporciona-

ba el suficiente dramatismo para mantener entretenida a toda la escuela de primaria (a veces parecía que al mundo entero). Volvía locos a mis padres, quienes la castigaban constantemente, aunque rara vez tenía el menor efecto. Fiona era una incendiaria. Atormentaba a la gente. Los jueves por la tarde, cuando ensayábamos himnos en el colegio, se dedicaba a enseñar su pecho plano como una tabla a los chicos, y luego al director cuando éste la reprendía. Hacía trampas al baloncesto y robaba cosas de la cafetería. A menudo pretendía involucrarme a mí en sus delitos, pero casi nadie la creía.

A mí no me importaba, porque Fi era capaz de liarse a tortazos con cualquiera que me causara problemas y escribía unas historias preciosas sobre mí, describiéndome como una princesa valiente y bellísima, y se inventaba canciones *pop* que decían que siempre estaríamos juntas. Todas las noches se metía en mi cama y me abrazaba y me decía lo mucho que me quería. Yo le decía que también la quería mucho porque era verdad, más que a Dennis, más que a mi madre y más que a mi padre.

—No deberías estar siempre pegada a Fiona —solía decirme mi madre—. No pongas todos tus huevos en una cesta, Sally. Deberías tener más amigas.

Yo no le hacía caso. Fiona era la mejor amiga que tenía en el mundo.

Fiona Lane, esa niña traviesa y trágica cuyo padre se había fugado con el teatro, cuya madre había perdido la chaveta hacía tiempo y se había ahogado en el canal de Wolverhampton. Y Sally Howlett, su prima regordeta y juiciosa, que nunca jamás causaba problemas. Me limitaba a hacer lo que me mandaban para que los demás se sintieran satisfechos. Resolvía problemas, jamás los creaba, y tenía un temperamento alegre y sosegado. De niña, de adolescente, de adulta, siempre era la misma.

El día en que ese hombre apareció en la puerta de mi casa y le arrojé la panceta asada, yo había cumplido los treinta pero tenía más o menos el mismo aspecto que a los siete años, cuando oí mi primera aria. Rolliza, bajita y culona. Un pelo rubio e insólitamente espeso (descrito en cierta ocasión por un peluquero como «más áspero que la cola de un percherón»), y un rostro que me parecía más bien insulso.

Adonde quiera que fuera, tuviera la edad que tuviera, la gente me decía cosas como «eres sólida como una roca», o «ejerces una influencia apacible sobre este lugar, Sally».

A veces me preguntaba qué pensarían de mí si supieran que cantaba ópera encerrada en mi ropero, y que con el paso de los años había seguido escuchando ópera en mi Walkman, luego en mi Discman y por último en mi iPod. Había encontrado unas cintas de VHS, luego unos devedés y más tarde unas clases magistrales en Internet de cantantes famosos instruyendo a entusiastas alumnos y utilizaba esas grabaciones para darme clase a mí misma.

Era innegable que tenía una buena voz, aunque esté mal que yo misma me elogie. Pero también era consciente de que me había saltado unos estadios vitales en mi formación al pasar directamente a unas clases magistrales para profesionales. Principalmente porque muchas de las cosas que decían mis tutores en los vídeos sonaban disparatadas. «¡Mantén ese *stentando* hasta el final!», gritaban. Yo deducía lo que debía de ser un *stentando* e imaginaba un arma medieval

«¡Un ataque más diafragmático!», vociferaban, o «No te dejes engañar por esos acentos, esto NO ES UN *SFORZANDO!*» (¿Un pan ruso?)

Pero nada, ni siquiera mi incapacidad para comprender buena parte de lo que decían mis tutores en las cintas de VHS, o el temor de lo que pensarían los demás si lo averiguaban, me disuadía de perseguir esos dulces momentos de placer que sentía cuando oía brotar de mis labios un sonido operístico. «*L'ho perduta... Blum blum bluum blum... aquie saaa dub duuub dub dub...*» cantaba, discretamente henchida de orgullo. (Aún no había aprendido italiano.)

Cuando cumplió once años, Fiona fue enviada al Royal Ballet School para honrar la petición que había hecho su madre antes de morir, dejando la casa sofocantemente silenciosa. Aunque me alegré de que hubiera escapado de mis gélidos padres, al parecer incapaces de manifestar emoción alguna, su ausencia hizo que mi vida me pareciese gris y sin sentido, y mi madre se las arregló para que nos fuera muy difícil vernos durante las vacaciones. Mi madre me animaba a que jugara con Lisa, una niña que vivía en la casa de al lado. Pero yo odia-

ba a Lisa. Era una niña prepotente y perversa a quien lo único que le interesaba era perseguir a Dennis.

Cantar hacía que todo eso me resultara más llevadero. Nada en el mundo me parecía tan reconfortante como esa primera inspiración, la sensación de los músculos al contraerse, la sensación de que mis cuerdas vocales se unían, al parecer sin ayuda de mi cerebro, para producir un sonido que me recordaba vagamente mis *Arias De Ópera Favoritas*.

De modo que me convertí en la niña que cantaba en el ropero. Cantaba en el ropero todos los días, y cuando me mudé a Londres, catorce años más tarde, pedí a mi padre que lo trasladara en el Transit de Pete, el vecino de al lado, por la M6. Y nadie se enteró nunca.